



UN BOLSITO
DE TERCIOPELO AZUL
BAJO LA LLUVIA

Guillermo León

UN BOLSITO DE
TERCIOPELO AZUL
BAJO LA LLUVIA



Primera edición: septiembre de 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Guillermo León

ISBN: 978-84-17961-56-5

ISBN digital: 978-84-17961-57-2

Depósito legal: M-28793-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

ÍNDICE

A MODO DE PRÓLOGO.....	11
LOS MUERTOS INTRIGANTES.....	13
UNA DANZA GITANA.....	15
EL DEMONIO DE LA LETRINA.....	19
ALBA Y LA NEBLINA.....	21
ALBOROTO EN EL CEMENTERIO.....	25
EN UN BAÑO DE BOLICHE.....	27
EL BÚHO DE LA FUNERARIA.....	29
NO ME PUDE EMBORRACHAR CON UTRILLO.....	35
SAN TELMO, 1954.....	37
S. O. S.....	55
NUESTRA VIEJA Y QUERIDA CASA.....	61
EL FUNCIONARIO DE LA MULTINACIONAL.....	65
EL ARLEQUÍN.....	79
LA NOCHE DE LA CHINCHE VERDE.....	85
EL GORDO Y LA LUNA.....	89
EL PEQUEÑO MONSTRUO DE LA CONFITERÍA	
LA PAZ.....	91
UN POSTULANTE EXCEPCIONAL.....	95
EL HOMBRE DE LOS OJOS FRÍOS.....	99
PAPÁ EN EL CREMATORIO.....	103
DOS CHICOS Y UNA VIEJA.....	105
UN CASO DE ARTROSIS CERVICAL.....	111
GRACIELITA Y LOS EXTRATERRESTRES.....	117
UN ARGUMENTO PARA JIMENA.....	127

EL EDICTO DE LOS ESPEJOS.....	137
UN LIBRO, UNA COMPUTADORA, UN MONASTERIO.....	151
LA RISA DEL ABUELO	161
UN BOLSITO DE TERCIOPELO AZUL BAJO LA LLUVIA	191

A MODO DE PRÓLOGO

Guillermo León, el autor de este libro, murió un rato después del sábado 30 de agosto de 2008. Y lo hizo sin haber llegado a publicar una sola página durante los setenta y ocho años que duró su vida.

En una vieja valija de cuero rígido —una de esas que los europeos, como mi abuelo, usaron para portar sus nadas a través del mar hacia la América—, Guillermo dejó una docena y algo de trabajos literarios completos: novelas, relatos, ensayos, cuentos breves... En fin, los papeles de mi padre. La vida de mi padre. La vida de un hombre al que he conocido tanto y, simultáneamente, tan poco. Puedo dar fe, eso sí, de que escribió tal cual era en sí mismo y en su cotidianidad. Esto sin contar que cuando era niño traté cara a cara con algunos de sus personajes: su padre (mi abuelo), el gitano Amador, Piripipí y alguna que otra dama o señorita cuyos nombres, naturalmente, ya he olvidado.

Unos cuatro o cinco años antes de que Guillermo muriera comprendí, por decirlo de alguna manera, que tarde o temprano terminaría siendo yo quien se ocupara de que el texto legado en aquellos folios llegase a reproducirse como libro con la tinta de la imprenta. Es que papá se dedicaba a escribir y a registrar sus trabajos. Y a repetir casi hasta el cansancio su intención de «enviarle, un día de estos, algunas copias a esos filibusteros de los editores para ver qué opinan». Obviamente, nunca lo hizo. Las pocas veces que le pregunté por la razón de tanta demora —me niego a la elegancia posmoderna de la voz «procrastinación»—, él se entristecía, se

enojaba o, simplemente, exclamaba entre carcajadas un «¡porque los naipes de la vida se barajaron así, hijito querido!», confirmando entonces mi intuición de tener ya asegurado un trabajillo a lo Max Brod, dicho esto con todo respeto por Max Brod y salvando la acaso inconmensurable distancia existente entre el albacea de Kafka y el suscripto.

Aquí te dejo, querido lector, *Un bolsito de terciopelo azul bajo la lluvia*, el manuscrito que Guillermo valoraba más y del cual decía sentirse casi orgulloso. Supongo —o imagino o quiero creer— que cuando leas estas páginas se estará cumpliendo en alguna mágica o infantil dimensión, el sentido de las palabras que hice grabar sobre la lápida de su tumba:

«Y quizá sea aún después de haber sido».

GUSTAVO LEÓN

Córdoba, Argentina, julio de 2019

LOS MUERTOS INTRIGANTES

En febrero de 1939 dejamos el pueblo de Fortín Tiburcio y nos fuimos a vivir al de Arenales, ambos en la provincia de Buenos Aires.

Yo tenía ocho años.

Una hermosa mañana la atmósfera vibraba alegremente con los golpes un tanto acompasados, música de la actividad creadora, de mi ya amigo el herrero Caprioli, hombre de probada honradez, hermano del famoso pistolero.

A hora temprana alguien me contó que la víspera había muerto la madre de Martín, el peluquero.

Sin más salí corriendo para la casa mortuoria.

El joven Martín se paseaba lentamente por el patio y fumaba un cigarrillo. Su expresión era triste y tenía la cara demacrada.

Saqué ánimo de no sé dónde, porque me sentía muy nervioso, pasé al patio y silencioso como un gato me dirigí a una puerta abierta de la casa, donde supuse que sería el velorio.

Contrariamente a lo que yo temía, Martín no me siguió.

Algunas sillas destartadas estaban puestas contra las paredes.

Un único y torcido candelero de pie mostraba los restos de una vela.

No había una sola flor.

Despertaron mi curiosidad dos o tres salvaderas de enlozado blanco, utensilios nuevos para mí, puestas en el gastado piso de madera machimbrada.

Me agaché y las examiné con cuidado. Una de ellas contenía unos gordos gargajos, en parte verdosos, en parte rojizos.

—Ah... —deduje— estas son las porquerías que largan los muertos.

Armándome de coraje empecé a dar vueltas alrededor del humilde cajón.

Yo buscaba una pista...

Era de mi conocimiento una supuesta verdad: todo aquel que se moría se quedaba quieto, bien quietecito, hecho que, por lo demás, no explicaba nada.

¿Qué carajo eran los muertos?

En medio de mis cavilaciones alcancé a ver que la finada cerraba rápidamente los ojos para que yo no me diera cuenta que en un descuido mío ella me había estado mirando.

Sentí una de las emociones más fuertes y memorables de mi vida al descubrir que los muertos eran unos intrigantes. Se quedaban quietos y nadie se avivaba de nada.

Al otro día los enterraban en un lugar misterioso llamado cementerio, del que yo disponía unas vagas referencias.

Sin embargo, persistían los enigmas: el porqué fingían así, hacia donde se dirigían luego de abandonar la tumba por la noche —fuga que yo daba por cierta— y con quiénes se iban a vivir en adelante.

Me indignó profundamente tan estúpida comedia de las personas que simulaban morir.

Entonces, con bronca contenida, acerqué la boca al oído de la difunta y le musité:

—Vieja puta.

Y salí corriendo de la pobre casa, en posesión de un secreto más para gozar en secreto.

UNA DANZA GITANA

De la ciudad cordobesa de La Carlota nos fuimos a vivir al sur de la provincia de San Juan, en un pueblito del desierto, a unos diez kilómetros de la precordillera, casi frente a la quebrada de La Flecha.

Eran los últimos días de diciembre de 1944.

Había un violento temporal de zonda. Viento odioso.

El pueblito se llamaba Cañada Honda y tenía unas quince casas.

Papá era jefe de la estación del ferrocarril Buenos Aires al Pacífico, todavía de los ingleses, que luego se llamó General San Martín.

A veinte metros de nuestra linda casa se hallaba un cementerio abandonado, sin tapia ni alambrado a su alrededor.

Yo tenía catorce años, y con mis tres hermanitas, menores que yo, nos pasábamos los días contemplando las montañas, agarrando impresionantes arañas y escarabajos que poníamos vivos en frascos, andando intrigados por entre los túmulos del cementerio.

Atrás de nuestra casa estaba el rancho de adobe de doña Remigia, una viejita enjuta de aspecto indígena.

Dormía al aire libre en un catre sin miedo a los pumas.

Día por medio ataba el matungo al *sulky* (que ella llamaba coche) y se iba a visitar a sus comadres a Los Berros, un pueblito algo pintoresco al pie de los altos cerros.

Que nos pareciera misteriosa no nos impidió saludarla y hacernos sus amigos. Nos regaló tortas de patay, que no pudimos comer por lo demasiado dulces.

Nos prometió que la semana próxima nos llevaría en el coche a conocer Huanacache, no muy lejos al sur, que fuera comarca diaguíta y donde en el pasado había una maravillosa laguna, un oasis en medio del desierto, zona que hacia fines del siglo diecinueve empezó a interesar vivamente a los arqueólogos.

Pero lo emocionante fue la llegada de los gitanos.

Frente a la verdulería de don Ripoll levantaron dos carpas.

Tenían un carro enorme y tres caballos.

Poco antes de mediodía fui a curiosar de cerca, pero mis hermanas no se animaron a ir conmigo.

Un gitano soldaba una cacerola.

Desde los seis años, cuando vivíamos en la provincia de Buenos Aires, los gitanos me causaban muchísimo miedo, Y otro tanto de fascinación.

Una gitana regordeta salió de la carpa más grande y me vio parado a diez metros, quieto como un poste, indiferente al sol abrasador.

Vino y tranquilamente me dijo:

—Qué mirás, cara de concha de mujer.

Yo salí de raje y a la noche dormí mal.

Al día siguiente me acerqué otra vez al minúsculo campamento, pero a la hora de la siesta.

Me detuve en el mismo lugar de la víspera.

Una gitanita de unos trece años, rubia, pálida, en extremo flaca, corrió hacia mí y me dijo:

—Si me das una moneda voy a bailar para vos una danza gitana.

—¿Una danza gitana? —le pregunté excitado—. ¡Esperame! Le pido una moneda a mi mamá y vuelvo. ¡Esperame!

A mi edad yo ya era muy novelero y todo lo que parecía exótico me hacía soñar.

Cuando la gitanita vio la moneda me dijo:

—¡Dámela!

—No —le contesté—. Primero tenés que bailar.

Entonces empezó con unas contorsiones que se fueron haciendo más y más bruscas, mientras agitaba los brazos sin ton ni son.

Ya todo su cuerpo indescriptiblemente convulso, echando espuma por la boca y como endemoniada, se puso a gritar:

—¡Azúcar y mortadela! ¡Azúcar y mortadela! ¡Azúcar y mortadela!

Y siguió así hasta que cayó exánime.

Quedé aterrado.

Salí a la disparada, y con la moneda todavía en la mano y un intolerable sentimiento de culpa, se lo conté todo as papá.

Papá era papá y me dio una paliza.

EL DEMONIO DE LA LETRINA

En marzo de 1946 yo era nuevo en el pueblo de Monte Comán, provincia de Mendoza; y me fui a conocer un barrio habitado por maquinistas del ferrocarril y sus familias, pues me habían dicho que allí las chicas eran muy lindas.

Recién cuando sentí la necesidad... me di cuenta que iba caminando junto a una hilera de letrinas públicas, cuyo lado posterior daba a una calleja de tierra.

Entré en una cualquiera y me encontré con un sólido cajón —o lo que fuera o como se llamara— de casi medio metro de altura.

Subí a él, me bajé pantalón y calzoncillos y me puse en cuclillas sobre la demasiada grande abertura circular.

Yo miraba el tenebroso agujero que tenía entre los pies y, aprensión de muchachito sensitivo y aficionado a las novelas de terror, pensaba en el gas metano, en el pozo negro, en una profundidad quizás sin fondo, en todo el horror de un infinito de excrementos.

Me empecé a poner nervioso y sentí que las ganas se me iban.

Oí unos ruidos extraños, el pozo se iluminó, ¡Dios mío!, y, el espanto me dejó petrificado cuando una mano muy sucia de aspecto humano salió por el agujero y me empezó a manosear trasero y genitales, hasta que después de lo que me pareció una eternidad pude reaccionar y abandonar el excusado, agarrándome pantalón y calzoncillos para que no se me cayeran.

Con el corazón en la boca me alejé del barrio sin darme vuelta ni una sola vez.

El cuervo de Poe era un poroto al lado del demonio lúbrico emergido del abismo fecal.

A tres cuadras me encontré con los mellizos Peralta, que fueron mis primeros amigos en el pueblo.

Extraordinariamente agitado le conté el suceso. Después de reírse como locos, me dieron la explicación natural de lo ocurrido.

Ninguna de las letrinas disponía de pozo negro. Debajo del agujero de cada cajón había, en el piso, un balde donde caían las deposiciones. Los excusados tenían una pequeña puerta posterior, a la altura de dichos cajones.

Todos los días pasaba por la calleja de atrás un carro tirado por un caballo y guiado por un obrero. Este abría la puertita de cada letrina, retiraba el balde, vaciaba la inmundicia en un tambor que llevaba en el carro y lo volvía a poner en su lugar.

¿Pero por qué el tipo me estuvo tocando? —les pregunté.

—Y... seguro que te vio entrar. Debe ser medio degenerado dijo uno de los mellizos.